

Y mesa y viandas previenen
Para que á su vuelta cenen
Tan excelsos personajes.

Un mozo, llamado el Griego,
Se hallaba allí á la sazón.
De Valencia en el meson
Vídola, y de amor el juego
Le enseñó. Los dos muy luego
Se conocen, y así que
Toda la gente se fué,

« ¿De cuál de esos señorones, »
Dice el Griego, « á los doblones
« Has dado ; oh mi amor ! tu fe ? »

Lo que pasa ella le cuenta ;
Y él : « Vida mia , » le dice,
« ¿ Puedo ser tan infelice ?
« ¿ Puedo sufrir tal afrenta ?
« ¿ Así la pasión violenta
« Tu desden, Flamilla, trata
« De un infeliz que se mata
« Por juntar alguna cosa
« Con que poder por esposa

« Pedirte á tu padre ? ¡ Ingrata ! »
Del griego en brazos se arroja

Flamilla, y dice : « Ya es tarde. »
Él finge que de amor arde
Y muestra mortal congoja.

« Pues tu desden me despoja
« Del placer de ser tu esposo,
« Déjame que afectuoso, »

Él dice, « de tus caricias
« Goce otra vez las delicias,
« Y muera luego dichoso. »

« Igual al tuyo, » ella dice,
« Es, querido, mi deseo ;
« Mas medio alguno no veo
« Para hacer que se realice.
« ¿ Cómo quieres, infelice. »

« Que condescienda á tu afán,
« Mientras á mi lado estan
« El Romano y el Lombardo,
« Que, á cual mas fuerte y gallardo,
« Sin cesar vienen y van ?

— « Si de mi pena te mueves, »
Dice el griego, « esto inquietarte
« No puede á fe, y algún arte
« Por complacerme hallar debes. »

Con escrúpulos no leves,
Bien que expuesto lo reputa,
Un medio ella indica astuta.
A media noche, con tiento
Saliendo de su aposento,
El mancebo lo ejecuta.

Temeroso de que esté
Alguno de ellos despierto,
Sin ruido, y con paso incierto,
Llega; dormidos los ve,
Y, del lecho por el pié,
Los dos de Flamilla toca.
Esto su audacia provoca;
Métese por medio de ellos
Y oprime sus miembros bellos
Hasta estar boca con boca.

Y halla esta cabalgadura
Tan agradable y tan mansa
Que de correr no se cansa,
Ántes su paso apresura ;
Cuando del sol la luz pura
Percibe el griego ladino,
Toma el rumbo por do vino,
Dejando al rey y á Jocundo,
Primero en error profundo,
Y despues fuera de tino.

Flamilla, porque la abroche
Llamando á su camarera,
Vistese, y parte lijera.

Descontento de su noche,
 Con sardónico reproche
 Dice el rey : « Toma sosiego,
 « Por Dios, Jocundo, te ruego,
 « Que descanso ha menester
 « El que pudo sostener
 « Toda una noche tal juego.
 « ¡ Qué ! ¿ piensas que en la estacada,
 « A prestarme tú el caballo,
 « Quedara yo? — Tu vasallo
 « Soy, señor, y si te agrada, »
 Dice Jocundo, « anonada
 « Tus pactos todos aquí;
 « Mas no te burles de mí,
 « Que, á servirte yo dispuesto,
 « Cediérate al punto el puesto
 « A saber que te ofendí. »
 Ninguno diciendo amen,
 Sigue el litigio que orilla
 El rey, llamando á Flamilla
 Y preguntándole : « ¿ Quién
 « Es el que anoche, tan bien
 « Y sin dar parte á su amigo,
 « Se refociló contigo? »
 Ella, al verse descubierta,
 A sus pies se arroja cierta
 De no alzarse sin castigo.
 Pidiendo á entrambos perdon,
 Dice que, si ha delinquido,
 Amor la culpa ha tenido,
 Moviéndola á compasion
 De la cuita de un garzon
 Que por ella suspiraba.
 En su compañero clava
 Cada cual de ellos la vista;
 Gime al pronto, y se constriesta,
 Mas su duelo en risa acaba.
 De esta risa en los extremos,

Lloran luego y gesticulan.
 Su opinion no disimulan,
 Y dicen : « Cuando esto vemos,
 « Sin miedo afirmar podemos
 « Que el mundo es un gran burdel;
 « Y, pues mujer casta en él
 « No se halla, á casa volvamos,
 « Allí al ménos somos amos
 « De vengarnos de la infiel. »
 Diciendo así, de Flamilla
 Hacen esposo al amante,
 Al cual de metal sonante
 Dan decente pacotilla,
 Que le viene de perilla.
 A sus esposas absuelven
 Los dos amigos, resuelven
 Todo olvidar; y de Ocaso
 Torciendo á Levante el paso,
 Hacia su casa se vuelven. —
 Así acaba el ventero
 Su narracion, hasta la postre oida
 Con atencion curiosa y sostenida.
 El silencio el guerrero
 Rompe por fin, y dice : « Es tan profundo
 « Para engañar de la mujer el arte,
 « Que de sus tretas la centava parte
 « Todo el papel del mundo
 « No bastara á contar. » Al otro lado
 Del cuarto estaba un hombre
 En edad ya avanzado,
 Que, al ver de esa manera
 De la mujer escarnecido el nombre,
 Vuélvese al huésped, y « Esa historia extraña, »
 Dice, « es pura invencion, pura patraña,
 « De alguno que no sabe
 « Lo que mujeres son; con una mala,
 « Que topar pudo, á todas las iguala;
 « Mas tarde conociéndolas, su grave

« Error quizás confiese y las alabe.
 « Y á fe que vasto campo se presenta
 « Al que ensalzar intenta
 « De la mujer el mérito; pues fijo
 « Es que las mas son dignas de alabanza,
 « Y si otra cosa tu Valerio dijo,
 « Fué solo por despecho, ó por venganza.
 Decidme, ¿hay por ventura
 « Entre vosotros uno
 « Que haya guardado pura
 « A su esposa su fe? ¿quién importuno
 « No halló su amor mas de una vez? Si alguno
 « Hay en el mundo que lo diga, miente;
 « Y loco está quien persuadirme intente.
 « ¿Visteis, á no ser pública ó infame,
 « Nunca mujer que al hombre busque ó llame?
 « ¿Y conoceis un hombre que dejado
 « No haya á su esposa, aun cuando fuese bella,
 « Por otra, si obtenella
 « Sin grandes sacrificios ha esperado?
 « ¿Qué fuera, si con ruegos ó regalos
 « A incitarle viniera una doncella?
 « Mi invariable opinion es que por ella
 « Nos dejáramos todos dar de palos.
 « De serlo las mas veces han tenido,
 « Las que fueron infieles, razon suma;
 « ¿Es por ventura justo
 « Que mientras infiel marido
 « A su esposa y su hogar ve con disgusto,
 « Se aflija y se consuma
 « Ella en virtud que su existencia abrumba?
 « A todos, si mandar dado me fuera,
 « Yo con la misma vara mediria.
 « Para ellos y para ellas fijaria
 « La ley de tal manera,
 « Que la adúltera muera
 « Cuando probar no pueda que ha cogido
 « Antes en adulterio á su marido;

« Si lo prueba, sin mengua y sin castigo
 « Se irá; pues Cristo ha dicho: Á nadie hagas
 « Lo que no te conviene hagan contigo.
 « Entre las muchas plagas
 « Que en este triste mundo al hombre afligen,
 « La sola es quizás esta
 « De que es el sexo débil el origen,
 « Bien que toda mujer no es deshonesta;
 « Mientras el hombre no solo las engaña,
 « No solo hurtar, jurar, matar no teme,
 « Sino que es raro que, en su ciega saña,
 « De Dios el santo nombre no blasfeme.»

De estas razones en apoyo añade
 El cuerdo y veraz viejo
 Mil ejemplos de damas
 Que fueron de virtud ilustre espejo.
 De ellos ninguno, empero, persuade
 Al feroz musulman, que con sañuda
 Faz y con voz tremenda le amenaza.

De temor calla el viejo, mas no muda
 Por eso de opinion. Así termina
 Este debate el rey, que, de la mesa
 Levantándose, al lecho se encamina
 A aguardar que la lumbre matutina
 A triunfar venga de la noche espesa.
 Mas, en vez de dormir, su mal deplora
 Toda la noche; y, á emprender dispuesto
 Su camino por mar, álzase presto
 Apenas mira despuntar la aurora.

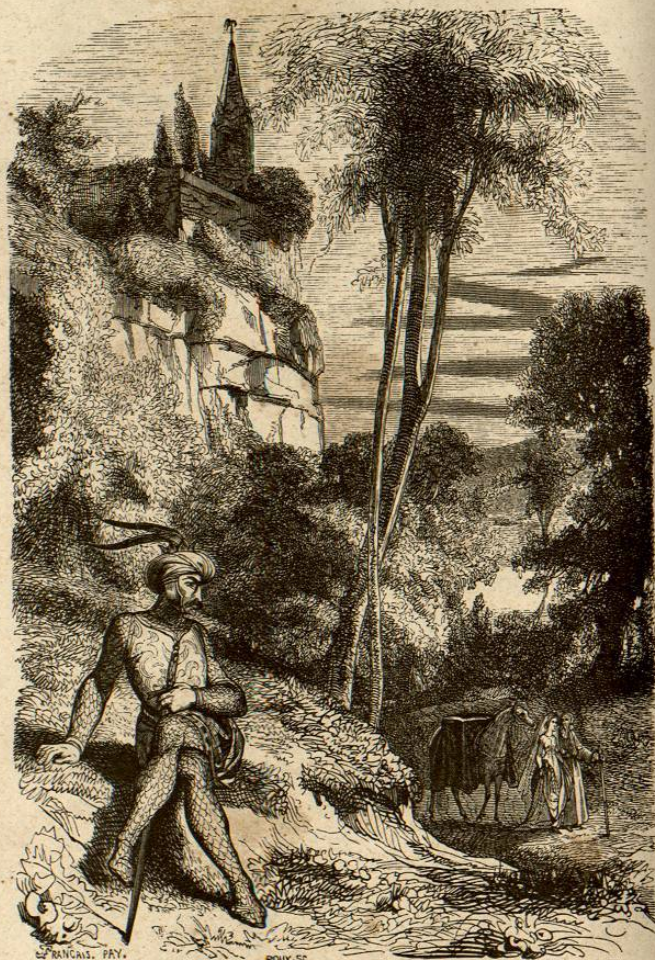
En una nave salta sin demora
 Con corcel pujante
 Que, mal grado Roger y Sacripante,
 Conserva; pues no ignora
 Que obligacion de todo caballero
 Es cuidar su caballo, sobre todo
 Cuando sus flancos hostigó del modo
 Con que él los hostigara aquellos dias.
 En su ansia de avanzar, al marinero

Ordena que lijero
 Reme, y así se aleja de la orilla.
 Sin carga, y no muy grande la barquilla,
 Baja rápida el Sona:
 No mas, empero, en la onda que en la tierra
 Su inquietud al alárabe abandona,
 Y de modo le ocupa
 Que de proa con él discurre á popa,
 Y con él galopa
 Siempre de su corcel sobre la grupa.
 Cuitado, en fin, como lanzar no sabe
 Al tenaz enemigo

Que, por do quier que va, lleva consigo.
 El pecho lleno de tormento grave,
 Boga aquel dia y la siguiente noche,
 Y del Sona y del Ródano no apaga
 La onda todo el volcan que su alma estraga.
 Cual, por ardiente fiebre devorado,
 Misero enfermo espera
 Calmar su afan cambiando de costado,
 Así espera cambiando de elemento
 Dar el de Argel alivio á su tormento.

Mas en vano ¡ah! ¡en vano! La paciencia
 Perdiendo en fin, de nuevo á tierra salta,
 Llega á Lyon, á Viena y á Valencia;
 De Aviñon atraviesa el alto puente,
 Y toda la comarca
 Que, situada entre el Ródano y Pirene,
 A su duro poder entónces tiene
 Sometida el alárabe monarca.

Torciendo luego hácia la diestra mano,
 Se dirige á Aguamuerta, de do pronto
 Hácia el suelo africano
 Bogar espera por el alto ponto.
 A la orilla del rio
 La villa ve que, amada
 Por Vénus y por Baco, despoblada
 Dejó de Marte el partidario impío.



Rodomonte, Isabel y el ermitaño. (T. II, p. 119.)

Alli en un valle las espigas blondas
 Ve, de la mar junto á las turbias ondas;
 Mas allá una colina
 Mira; y, recientemente edificada,
 Una ermita tambien abandonada.

Lijero se avecina;
 Y en ella, de ir al África olvidando
 Su designio, establece su morada.
 A diferir su viaje
 Le induce pues lo oculto de esta estancia,
 Situada en bello y cómodo paraje,
 A la orilla del rio, y á distancia
 Corta de Montpellier y de otras varias
 Importantes ciudades;
 Y allí, comodidades
 Hallando diferentes,
 Con su corcel se instala y con sus gentes.
 En sus meditaciones abismado,
 Segun su usanza, el musulman guerrero
 Llegar ve un dia, del frondoso prado
 Por angosto sendero,
 Una doncella de gentil semblante,
 Que en compañía de un barbudo anciano
 Va conduciendo un bruto
 Todo cubierto de color de luto.

Ya á la doncella conoceis y al viejo;
 Que arriba dicho dejo
 Cual juntos emprendieron su camino
 Con los mortales restos de Zerbino,
 Y cual á Isabel triste y afligida
 El viejo persuadió que consagrara
 Al servicio de Dios toda su vida.

Bien que el dolor su cara
 Marchita; bien que suelto
 Su cabello revuelto
 Vaga en torno á su faz bañada en llanto,
 De su belleza es tanto
 Todavía el angélico atractivo,

Que del árabe enciende
 El triste corazón en fuego vivo.
 Mirala; y, renunciando en el instante
 A su intención maligna
 Que el bello sexo á maldecir le inlujo,
 De amor sincero digna
 Juzga á Isabel; y, esclavo
 De su hermosura, piensa que este afecto
 Hará en su alma el efecto
 Que un clavo con el cual se arranca un clavo.

Acércasele pues; y con el gesto
 Mas dulce, con el tono mas modesto
 De que es capaz, su nombre le pregunta.
 Ella quien es le dice, y su proyecto
 De abandonar el mundo le confía
 Por entregarse á Dios. Con risa impía
 El incrédulo alárabe interrumpe:
 « Necio absurdo, á fe mía,
 « Es aquese designio, que comparo
 « Al ardor importuno
 « Con que entierra el avaro
 « Caudales que, sin darle fruto alguno,
 « Hace que no aprovechen á ninguno.
 « Escóndanse el leon y la serpiente,
 « No la belleza cándida é inocente. »

A este discurso seductor, el viejo,
 Cautó, opone razones y consejo
 Con que á la bella jóven fortifica.
 Y de sustento espiritual le pone
 Ante los ojos bella mesa y rica.
 En ella el musulman manjar no halla
 Que de su gusto sea,
 Y al viejo en vano interrumpir desea.
 Este, empero, no calla;
 Y aquel en fin, perdiendo la paciencia,
 Por el cuello lo empuña con violencia.
 Mas, mirándome agora en este espejo,
 Fin yo pongo á mi canto, que no ignoro
 Lo que por no callar avino al viejo.

CANTO XXIX.

Muerte sublime de Isabel. — Elogio de esta princesa. — Rodomonte, con el objeto de perpetuar la memoria de aquel suceso, manda construir un mausoleo, y un puente, encima del cual se coloca armado para impedir su paso á cuantos lleguen. — Llega Orlando, y luchando con el rey, le precipita en el rio. — Locuras de Orlando. — Topa este con Angélica y Medoro.

¡ Cuán inconstante; oh Dios! la humana mente
 De un designio á otro pasa,
 Especialmente cuando amor la abrasa!
 Yo ví, no ha mucho, al musulman altivo
 De las damas hablar de tal manera,
 Que cómo no concibo
 Tan pronto su furor disminuyera.

Contra el que así te injuria sin motivo,
 Oh bello sexo, estoy tan irritado,
 Que, si su error no le hago ver primero,
 Perdonarle su audacia jamas quiero.
 Con mi pluma, de bueno ó de mal grado,
 Yo lo demostraré que ha desbarrado,
 Y, ántes que hablar de tu virtud en mengua,
 Callárase ó mordiérase la lengua.
 Que habló como ignorante ó como necio
 Claro, oh damas, lo muestra la experiencia,
 Pues, no haciendo entre tantas diferencia,
 Habló de todas con igual desprecio.

La vista, empero, de Isabel bien presto
 Le hace cambiar de parecer. Apénas
 La ve, quien es ignora,
 Y llama abrasadora
 Corre ya circulando por sus venas.
 Inflamado por ella, de la ingrata
 Pronto se olvida; y, bien que no con fruto,
 De disuadir de su designio trata